

Conversación con Javier Ibacache²³

A Bélgica Castro y a Alejandro Sieveking no los conocí en los primeros años de la dictadura, sino en la década de los años noventa cuando los vi en un espectáculo llamado *Impro-show*, que no era teatro político. Para mi generación ella fue un descubrimiento, algo así como la *Bette Davis* chilena. Una figura de culto también para la generación del Suplemento Zona de Contacto, donde escribía Alberto Fuguet (y estudiantes de periodismo que investigaban cultura alternativa), pero no vista como actriz de antes de la dictadura, sino como una actriz vieja que con la Compañía Sombrero Verde (junto a María Izquierdo o Willy Semler, por ejemplo) tuvo un posicionamiento en cosas como las que hoy se hacen bajo el nombre de *stand-up*. En ese período ella hizo apariciones en el Teatro Nacional. Como ves mi registro de ella es de la posdictadura.

Personalmente, creo que hay dos relatos sobre ella: hay una Bélgica Castro valorada entre los jóvenes por su forma especial de hacer y pensar el teatro, por negarse a la telenovela y por muchas otras cosas. También está aquella Bélgica Castro militante de la década de los años setenta. En mi visión más recientemente ella ha tenido la oportunidad de volver a estar en ese lugar político de esa década. Hay otra Bélgica Castro más, que es la profesora que ha formado a gente muy importante, que deja una impronta en muchas generaciones de aquello que debe ser el realismo. A ella y a Alejandro Sieveking los contacté principalmente por mi papel de cronista de teatro. En los relatos de otros ella siempre aparecía y aparece como la profesora rigurosa, implacable, autoritaria que sabe exactamente cómo se hacen las cosas. Se le agradece y se le teme. Ella ha sido como un dinosaurio porque la escuela chilena de aquellos teatristas que se han impuesto desde fines de la década de los años ochenta en adelante están muy lejos del realismo, de su dogmatismo. Ha sido como una figura de museo, que piensa en personajes clásicos.

La entrevisté varias veces. Recuerdo que nos vimos antes de eso en un estreno, todos estábamos convencidos de haber visto un gran montaje. Ella me dijo que tenía muchos reparos por haberse cortado el texto y haberle restado con ello profundidad. Es rigurosa, tiene una visión sobre el teatro menos complaciente de la que ha compartido

²³ Crítico teatral, investigador, formador de audiencias, periodista, especialista en comunicación social, cofundador de la Escuela de Espectadores, director de Programación y Audiencias del Centro Cultural Gabriela Mistral entre el 2010 y 2016. Director de Programación del Espacio Diana, y asesor en varios proyectos culturales.

con los medios de comunicación. Ella ha dicho en entrevistas, por ejemplo, al hablar sobre los públicos locales, que en gran parte están compuestos por homosexuales y que ve en ello un nicho muy acotado. Ella también ha sido muy generosa, muy accesible. Creo que ha ocurrido algo con ella y es que se ha querido recuperar a los grandes baluartes del teatro. Ella junto con Alejandro Sieveking han sido revalorados, se han reposicionado. Son muy activos, él es casi el único sobreviviente de una generación de dramaturgos que hoy día son como el testimonio de una tradición teatral.

La gente va a verlos más que por el teatro por ver un testimonio viviente. Aunque sus obras tengan problemas dramáticos, si la pieza ha sido escrita por él y es actuada por ella, la gente va por verles y eso es lo que se valora. Ella también hace de vínculo, pues el teatro chileno está completamente anclado en la idea de un teatro universitario como vía de profesionalización. Tomando eso en cuenta Bélgica Castro es un baluarte, porque ha estado en obras señeras, en obras que hoy son históricas. Ella pertenece a una generación de maestros normalistas. Es un ícono muy complejo. Hay muchas cosas detrás de ella, es una idea de lo que quiso ser el Estado chileno en la década de los años cuarenta. Es decir, encarna un proyecto de país, una idea de lo que debería ser la educación y el teatro. Ella es testimonio de eso en un país que ya no es así, sino neoliberal y que exhibe otro teatro.

Coronación fue una obra que se montó cuando yo era director de Programación y Audiencias en el Centro Gabriela Mistral. Se hizo con ella porque ella había estado en la primera versión de esa obra que habla del país. Lo interesante de ese proyecto es que se remontó otra vez con ella como parte del elenco y en ese remontaje se podía ver cómo había cambiado el país y el rol de ella como la matriarca de esa familia. Se montó en dos versiones, una con ella y otra con una actriz un poco más joven, Nelly Meruane, con quien se alternaba el rol. Eso fue un buen experimento, para ver qué públicos atraía cada cual: el público de Bélgica Castro era uno de izquierda y el de Nelly Meruane era uno más conservador. Algo muy interesante para investigar en el área de los públicos y para entenderla a ella como ícono.

Hay un trabajo que hicieron en cine, Bélgica Castro y Alejandro Sieveking, llamado *Gatos viejos* (2010). Ambos fueron dirigidos por dos directores de alrededor de los treinta años, Sebastián Silva y Pedro Peirano. Desde el punto de vista de visión de mundo o de generación ellos no tienen nada que ver con Bélgica Castro ni con Alejandro Sieveking. Sin embargo, ellos abrieron su casa para rodar una película en la que actuaban. Además, aparecen Catalina Saavedra y Claudia Celedón y ellos dos aparecen como figuras del nuevo

cine chileno posterior a los primeros años de la década de los años dos mil, hecho por realizadores jóvenes. Es un tipo de cine que encuentra su principal circuito fuera de Chile. Estos directores los buscan a ellos por ser eso, esos *gatos viejos*, un testimonio de algo que ya no está.

Es muy interesante la apertura de Alejandro Sieveking, especialmente, para trabajar con gente joven. Eso se ve en un trabajo que hicieron con Manuela Oyarzún, *Cabeza de ovni*, una obra del absurdo del quiebre con el paradigma del realismo. Ellos se prestaron para ese juego escénico en esa falta de lógica que estaba bastante alejada de la que ellos solían usar para pensar el teatro. Muchos jóvenes no conocen el vínculo que ellos tenían con Víctor Jara cuando sucedió el golpe de Estado. En el 2003, cuando Chile estaba con esa idea del crecimiento económico, se cumplieron los 30 años del golpe y aparecieron importantes ejercicios de memoria. Se recuperó en parte la historia de Víctor Jara, Alejandro Sieveking y Bélgica Castro. Luego, cuando se cumplieron los 40 del golpe, se hizo en el GAM la obra *Víctor sin Víctor Jara* y Alejandro Sieveking participó como un testimonio viviente de la época anterior al golpe. Fue un hito muy importante para las nuevas generaciones que estaban tratando de entender el país. Ese mismo año se hizo también en el GAM *Coronación*.

Aquí no se conoce la historia del exilio de ellos en Costa Rica. Aquí, en Santiago, se intentó reabrir la sala del Teatro del Ángel en el 2015, después de mucho tiempo de haber funcionado como cine porno. Como el costo fue muy alto volvió a cerrarse y se puso en venta. Bélgica Castro ha tenido mucho reconocimiento del sector teatral y de cierto público. Ha sido valorada sobre todo por el público con vinculación más cercana al oficio del teatro. Ha sido reconocida, pero fuera del ámbito del teatro y del cine no sé si sea tan reconocida, porque no es tan mediática, no estuvo en la televisión. Bélgica Castro se negó a hacer televisión porque la industria de las teleseries nunca tuvo el formato que a ella le gustaba. Pero sí estuvo con Raúl Ruiz en películas emblemáticas, como *Palomita Blanca* (1992), que es representativa de lo que era la vida de ciertos sectores de la sociedad durante los años de la Unidad Popular. Ahí estaba ella, como el ícono que es y continuó estando en trabajos más recientes de Raúl Ruiz, razón por la cual en ese sentido sí ha sido reconocida.

Ella no viene de esa izquierda ahora edulcorada. Ella se comporta hacia sus ideales con el mismo rigor que tiene en el teatro. Es decir, conserva esa idea del país que debería ser, razón por la cual tampoco transó con las teleseries, ya que ella las consideraba un tipo de comercialización del oficio que no le parecía aceptable. Cuando uno conoce